

Morirse no es para tanto

Kureishi nos invita a reírnos del tabú definitivo. Al protagonista de esta novela el último acto le resulta más ajetreado de lo previsto

“¿Quién me iba a decir a mí que la jubilación iba a ser tan apocalíptica?”, se pregunta Waldo, un anciano enfermo, impotente y medio inválido, cesado por su esposa y con la autoestima por los suelos. Un personaje (o, mejor, una mirada) memorable por varios motivos. Conmovedor y a la vez desquiciante, no es precisamente la mejor persona del mundo. Tampoco un narrador demasiado fiable: propende a la manipulación y al desvarío; alterna periodos de profundo abatimiento con otros de gran exaltación; con los años se ha vuelto un Maquiavelo de opereta... Y sin embargo, no podemos evitar congraciarnos con él. Canalla y sentimental. Procaz y tierno. Acabado pero combativo. Un ogro destinado a la sensibilidad.

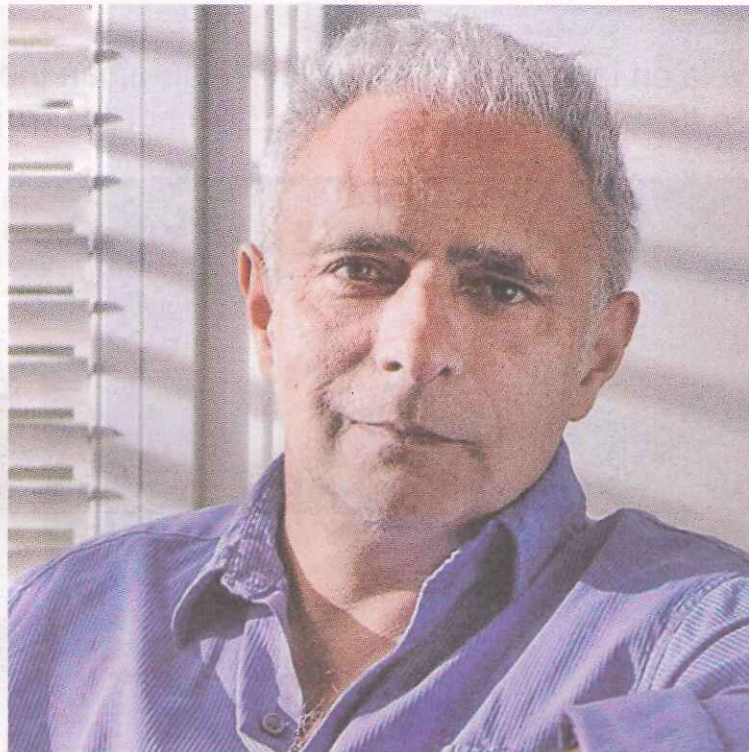
En el pasado gozó de enorme prestigio como cineasta. Dirigió algunas películas que figuran entre las mejores de la historia, recibe homenajes en Cannes y su nombre todavía abre muchas



puertas. Cuenta, por tanto, con un séquito de dispuestos colaboradores. Quizá demasiado dispuestos. “Me gano la vida imaginando cosas y la imaginación es el lugar más peligroso de la tierra”; “Los realizadores somos voyeurs que tra-

bajan con exhibicionistas”, dice respecto de sí mismo y de su profesión. Últimamente graba con el móvil, espía a los vecinos, a veces a su esposa.

La nostalgia es lo único que te queda cuando no tienes futuro. Waldo se pavonea recordando su juventud desenfrenada, las proezas sexuales, las actrices, la alfombra roja... Pero ha pasado el tiempo y la verdad, desagradable, asoma. Decrépito y amargado, la vida empieza a hacersele inhabitable. Lleva muy mal los achaques, consecuencia no solo de la edad. Pero lo que le obsiona es no poder hacerle el amor a su mujer veinte años más joven. Y la sospecha, pronto confirmada, de infidelidad. “La



Dramaturgo y guionista, Kureishi ha adaptado al cine varias de sus novelas

libido, como Elvis y los celos, nunca muere”. Su existencia actual (toda la novela está escrita en Presente de Indicativo) es de una sordidez bastante lamentable.

Puede que Waldo esté en las

últimas, pero conserva intactas la lucidez y la mala hostia. Y va a plantar batalla. Siempre fue extravagante, enrevesado, muy dado a las perversiones, así que empieza a planear el modo de vengarse. No tanto de su mujer,

Zee, a quien venera y, sobre todo, de quien depende, como del desastrado *playboy* que se ha echado de amante.

Cuernos, intriga, un inevitable pero heterogéneo *happy end*. Pigmalión de ida y vuelta, desencanto, erotomanía y viejoverdismo. *Nada de nada* (Anagrama) juega a escandalizar, a incomodar al lector como una de esas verdades que no deberían decirse. El estilo desenfadado, anti-rretórico. Humor muy negro. Ritmo ágil, montaje cinematográfico. La conseguidísima combinación de registros... Estamos ante una novela burbujeante y disparatada que incluye momentos de hondura bajo su aparente frivolidad.

Londinense de origen pakistaní, Hanif Kureishi ha ido relegando los problemas identitarios, temática central en gran parte de su narrativa anterior (*El Buda de los suburbios*, *Mi hermosa lavandería*), para centrarse en los problemas de pareja, *Intimidad* o la novela que nos ocupa. Un pequeño infierno doméstico retratado con el punto exacto de dramatismo y comicidad. Altamente recomendable.

Miguel Artaza